

AL comenzar la segunda parte de su «Laberinto español», Gerald Brenan menciona una frase de la «Historia de la guerra peninsular», de Napier: «Todo estaba podrido en España excepto los corazones de los más pobres». Pero esa «pureza» popular, al producirse la invasión napoleónica de 1808, no hubiera sido suficiente para provocar una guerra de resistencia con características revolucionarias, que tardaría casi siglo y medio en llegar a ser plasmada con definiciones y consecuencias teóricas claras (Mao Tse-Tung, Giap, «Che» Guevara...). La figura del guerrillero moderno, con sus lacras y sus virtudes, nace como hecho histórico europeo en la llamada Guerra de la Independencia, y, desposeída ya de condiciones objetivas propicias, parece liquidarse prácticamente en Europa a mediados de este siglo con el exterminio del «maquis» español.

Para entender el origen de la guerra de partidas españolas hay que partir de un hecho claro: la derrota del Ejército español en campo abierto. En cuanto a la frustración popular y a las barbaridades cometidas en España por los Ejércitos imperiales de Napoleón, no hubieran bastado para provocar una guerra total de no haber sido por una serie de factores objetivos que podrían ser enumerados como sigue:

- Predominio del campesinado en el grueso del contingente del Ejército español, que se afirma bajo una forma de resistencia típicamente rural: la guerrilla.
- Aumento demográfico considerable, unido a la pobreza general del país.
- Mantenimiento de unas formas de propiedad rural anacrónicas, que originan un contingente humano en los campos falto de medios de vida suficientes.
- Una geografía abrupta y semidesértica, en la que es difícil ejercer la autoridad de una Administración ocupante impuesta.
- Falta de buenos medios de comunicación, lo que impide la rápida concentración de fuerzas regulares numerosas.
- El sentimiento nacionalista, encarnado en el culto a conceptos tradicionales considerados «indiscutibles», como eran, por ejemplo, la religión católica y el Rey.



Un Ejército invasor necesita la represión constante para poder mantenerse. La crueldad de las tropas napoleónicas se acentuó al verse hostigadas y atacadas por la gente de un país atrasado, que llevaba más de doscientos años sin reaccionar a su decadencia. La mirada y el lápiz de Goya supieron reflejar de forma implacable los desastres de esta guerra.

LOS GUERRILLEROS



FERNANDO MARTINEZ

“Aquí... espera a ustedes una vida distinta. Aquí no hay descanso, aquí se come lo que se encuentra y se descabeza un sueño con el dedo puesto en el gatillo, dormido un ojo, despierto y vigilante el otro. Además, el que no tenga buenas piernas, que se marche a su casa, porque aquí no se corre, se vuela”.

(Juan Martín «El Espejinado». — «Episodios Nacionales». — B. P. Galdós.)

- La decisiva intervención del clero contra la invasión, debida fundamentalmente a motivos absolutistas y religiosos, y que contribuyó a fanatizar al pueblo en la lucha.

La forja de un guerrillero

Una parte de los guerrilleros de la Guerra de la Independencia

deben su incorporación a motivos personales (la ofensa a la madre o a la hermana, el fusilamiento de familiares, ultrajes a la «honra», etcétera). En toda guerra nacionalista de particularidades pre-revolucionarias, como fue la que se desarrolló en España de 1808 a 1814, ese factor personal y subjetivo no es evidentemente pequeño, pero la gran masa de los guerrilleros fue atraída desde los restos de un

Ejército regular derrotado y de un campesinado que se integraba en la guerrilla, por considerarla un medio de vida capaz de asegurarles a un tiempo el deseo de combatir y la subsistencia. El patriotismo, el hambre y la insatisfacción popular general (motín de Aranjuez, abdicación «forzada» de Carlos IV, etcétera) pueden considerarse puntos claves en los que debería apoyarse una investigación sociológica que quisiera determinar los principales motivos de enganche en las guerrillas. Ubieto, Reglá, Jover y Seco, en su «Introducción a la Historia de España» afirman que la guerrilla «es, ante todo, como la agricultura y la ganadería, un género de vida, que bajo nombres distintos (partidas nacionales contra los franceses; partidas absolutistas durante el trienio liberal —1820-23—; partidas carlistas...) practica una parte considerable del pueblo español durante la mayor parte del siglo XIX». Pese a esto, no conviene olvidar el mencionado factor subjetivo motivado por la represión de las tropas ocupantes, excepcionalmente severa en algunos momentos de la guerra. Los sucesos del 2 de mayo en Madrid, la conspiración de los artilleros y la violenta reacción del invasor (el Poder), constituyen el detonador de una situación explosiva, vuelta a cargar y alimentar después por razones socio-económicas. «Quemar es un placer —diría el francés Girardin— del que no se hastiaban nuestros soldados. Prendían hasta los campos de trigo a punto de segarse... La pasión de quemar era tan grande en esas tropas que, apenas salíamos de las chozas en que habíamos pasado la noche, ya ardían». Goya, testigo excepcional de la tragedia, ha dejado una buena muestra gráfica en sus «Desastres de la guerra», de las razones más inmediatas y palpables del odio español hacia los Ejércitos invasores, cuyos contingentes más sanguinarios, por otra parte, no eran en muchas ocasiones franceses. Tristemente célebres por sus crueldades se hicieron, por ejemplo, los mamelucos y los polacos. De estos últimos, Frederick Hardman dice que se distinguían por su «fría crueldad y por su desprecio de la vida de los inválidos». «Después de la batalla de Ocaña —relata el mismo Hardman—, en la cual los españoles fueron derrotados, una división, casi toda compuesta de polacos, fue encargada de conducir a Burgos los prisioneros, que eran muy numerosos; algunos calculan que treinta mil. La mitad de ellos fueron asesinados a sangre fría por el camino, y los que escaparon fue gracias a que

El terreno es el mejor aliado del guerrillero, y su conocimiento le permite la sorpresa y la emboscada. La abrupta orografía española, con sus abundantes puertos de montaña y pasos difíciles, proporcionó a las partidas numerosas oportunidades de atacar y aniquilar a los fatigados y desorientados destacamentos franceses.

sustituyeron a los polacos por otras tropas».

Únicamente hay que añadir a lo dicho por Hardman que en cuestiones de prisioneros los españoles tampoco les fueron muy a la zaga a los franceses. Los 23.000 prisioneros hechos en Bailén murieron de enfermedades y hambre en Cádiz o en la desértica isla de Cabrera.

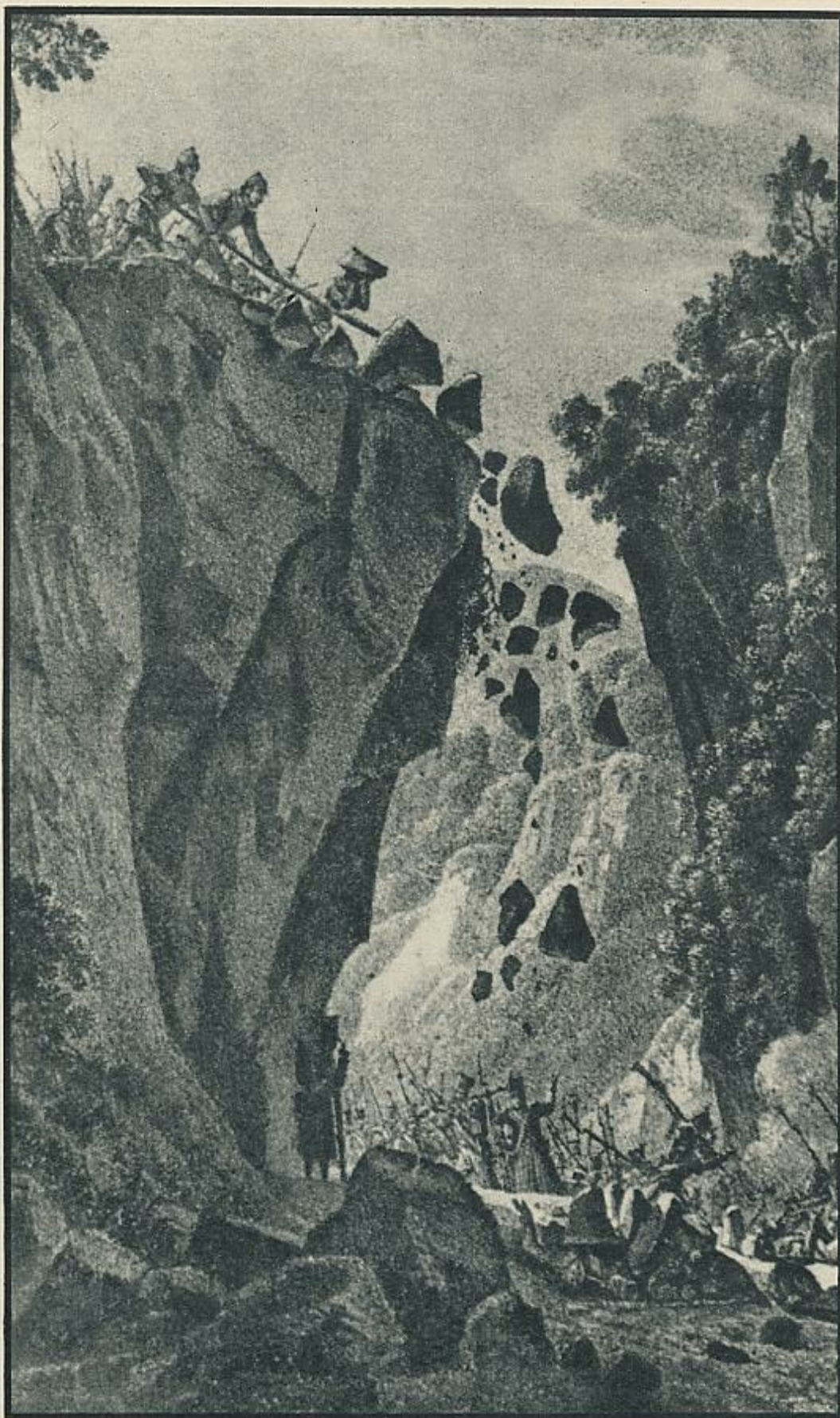
Ser guerrillero era para los campesinos una manera de combatir preferible a la del Ejército regular, ya que les aseguraba la proximidad a sus casas (el guerrillero combate en zonas conocidas), menos disciplina, mayor posibilidad de ascenso y oportunidad de practicar el saqueo, si no en gran escala, sí con cierta frecuencia.

Las incorporaciones a las partidas se hacían, por lo general, en grupo, y a veces hasta masivamente (caso de unidades militares desconectadas del mando). El problema principal para los paisanos que ingresaban en la partida era conseguir armas, ya que en la guerrilla siempre escasearon. Puede asegurarse que la mayoría del armamento y pertrechos de algunas partidas fueron los arrebatados al enemigo. «El Ejército enemigo —dice Menéndez Pidal en su «Historia de España», tomo XXVII— constituyó, como en las modernas guerras revolucionarias, una importante fuente de abastecimientos, no sólo de armas y municiones, ya que es frecuente el guerrillero que viste prendas sueltas procedentes de uniformes franceses».

Esta apropiación de armas y pertrechos enemigos motiva también la división de funciones combatientes en la partida. Espoz y Mina, el único de los grandes guerrilleros que ha dejado testimonio escrito de sus hazañas, lo explica así en sus «Memorias»: «El que aprehendía un caballo lo montaba, y desde aquel momento era ya soldado de caballería; el que se apoderaba de una lanza y quería servir en esta arma, era lancero, y por este orden tenía mejor fusil, mejor bayoneta, mejor sable aquel que se lo proporcionaba del enemigo».

En cuanto al escondite de los guerrilleros, lógicamente, sólo podía ser el monte y los pequeños pueblos, aunque a veces llegaran a atacar y tomar ciudades.

Perfectos conocedores del terreno en el que combatían, disponían de infinidad de refugios, grutas, cuevas y vaguadas abruptas donde esconderse, reponer fuerzas y reaparecer en el momento oportuno. Todos los testigos de la Guerra de la Independencia que han dejado testimonios escritos sobre los guerrilleros se muestran especialmente sorprendidos por la rapidez de las acciones y



LOS GUERRILLEROS

el modo casi misterioso que tenían las partidas para desaparecer en el campo.

Vivir en guerrilla

El guerrillero antiguo, como bien lo describió Pío Baroja, era hombre «montaraz y sin instrucción», que sólo respetaba sus propias reglas y a sus propios jefes. Mitad bandido, mitad héroe, impulsado a una guerra feroz que no había provocado, es fácil suponer que en ocasiones su crueldad igualara la del Ejército ocupante y a veces hasta la superara. Esta crueldad se veía constantemente mantenida por la represión de sus enemigos. Como cualquier Ejército ocupante, los franceses necesitaron de la violencia permanente. La Corte de José Bonaparte intentaría desde Madrid la táctica del halago, pero sus esfuerzos se vieron coronados por un rotundo fracaso debido a la falta de medios económicos (el oro necesario a toda pacificación) y la torpeza política de un Napoleón empeñado desde el principio en demostrar que España era territorio de conquista, anexionable a Francia en cualquier momento. Frente a la resistencia de un pueblo, Napoleón sigue pensando en términos estrictamente represivos. «El 9 de mayo de 1809 —escribe Baroja en su «Aviraneta»—, el mariscal Soult dio la orden furibunda por la cual desde aquel momento no se reconocía más Ejército español que el de Su Majestad Católica José Napoleón. Por consiguiente, todas las tropas o partidas de patriotas, grandes o pequeñas, se consideraban desde entonces formadas por bandoleros y ladrones; serían fusilados al momento los españoles aprehendidos con las armas en la mano, y quemados y arrasados los pueblos donde apareciese muerto un francés».

Pero si la disciplina e instrucción de los guerrilleros era, desde luego, inferior a la del Ejército regular, nunca fue tan escasa como los tópicos aseguran. Los jefes de las guerrillas sólo podían imponerse en la mayoría de los casos a base de demostrar más valor e inteligencia que los demás, y de cualquier forma necesitaban actuar con castigos muy duros para mantener una cohesión necesaria capaz de hacer eficaz a la partida. Baroja no se equivoca mucho cuando dice que en la guerrilla «todo era improvisado, a base de brutalidad, de barbarie y de heroísmo», pero sería falso tomar esto al pie de la letra y hablar de los guerrilleros como hombres que merodeaban las sierras, sin obedecer ninguna ley ni respetar disciplina alguna. Hubo partidas —como las del cura Merino— donde la disciplina

llegó a ser férrea, y se fusilaba frecuentemente a guerrilleros por asuntos relacionados con el robo, las deserciones o la sospecha de traición. Los oficiales —por lo general— eran cuidadosamente seleccionados y formados, teniendo muy en cuenta la fidelidad personal al cabecilla o jefe de partida. Algunos de estos oficiales eran hombres incultos que, por sus dotes de mando o su valor, se hacían insustituibles, pero muchos fueron gente letrada, antiguos estudiantes, clérigos y oficiales del Ejército regular. Buena parte de ellos adquirieron ascensos rápidos. Un oficial de la caballería de Merino, Ramón Santillán, llegaría a ser ministro de Hacienda y gobernador del Banco de España.

Hardman, que a pesar de sus evidentes exageraciones constituye un cronista avisado que habló con muchos supervivientes de las partidas, dice que «aun en los días de las grandes marchas, cuando las tropas de Merino se disponían a dormir y las raciones estaban distribuidas, sonaba la corneta llamando a instrucción a oficiales y sargentos. De este modo, la partida había llegado a tal grado de eficacia, que se atrevía a atacar, y muchas veces con éxito, a grandes cuerpos de Ejército enemigos».

Las armas y los víveres de reserva de los guerrilleros se escondían en cuevas o depósitos

naturales en el monte, con accesos de fácil defensa. Cuando la persecución enemiga arreciaba, los guerrilleros podían pasar semanas enteras en estos refugios repasando sus armas, discutiendo y holgazaneando.

Muchas iglesias y monasterios fueron también utilizados como cuartel general, almacén o refugio, y más de un francés murió cosido a puñaladas por los frailes al pretender investigar más de la cuenta. Bien es verdad que los franceses tampoco respetaban mucho los hábitos ni la sotana a la hora de fusilar.

Gran parte de la caballería guerrillera tenía dos caballos por jinete. En las marchas muy largas o muy rápidas, los caballos podían ser relevados por ganado escondido en las sierras. Esto permitía a los guerrilleros realizar marchas de hasta 150 kilómetros en un solo día, con gran desconcierto de sus adversarios.

Cuando los guerrilleros llegaban a un pueblo exigían alojamiento y comida. Si el recibimiento era hostil, saqueaban el lugar. Los casos de violación de mujeres eran frecuentes.

Por lo que respecta a la indumentaria, no era, desde luego, uniforme. Cada guerrillero vestía como mejor podía, y se apropiaba muchas veces de charreteras, uniformes y botas del enemigo muerto o vencido. Galdós, en su libro sobre «El Empecinado»,

describe así la vestimenta del guerrillero Saturnino Albuin «El Manco»: «Vestía don Saturnino traje de paisano con pretensiones de uniforme militar, y su chaquetón, donde lucía las charreteras y los mustios y mal cosidos bordados, estaba lleno de agujeros... En sus pantalones se veían los trazados y dibujos de la aguja remendona y zurcidora, y el correa del trabuco que llevaba a la espalda y de las pistolas y sable pendientes del cinto hacía poco honor a la administración de fornituras de aquel Ejército».

La diferencia de vestidura entre los simples guerrilleros y los jefes era notable. Estos últimos vestían casi todos uniforme militar. Aunque algunos, como Merino, prefiriesen su uniforme de trabucaire clérigo-civil. F. Hardman describe así el ropaje del cura de Villoviado: «Vestia larga levita y chaleco de un negro muy ajado, pantalones azules y sombrero redondo; espuelas negras, atornilladas a los tacones de las altas botas; largo sable y una magnífica carabina prendida del arzón».

Los jefes

La aparición de las guerrillas, como fenómeno bélico generalizado, no se produce hasta los primeros meses de 1809, aunque

El alzamiento del 2 de mayo en Madrid fue un auténtico motín popular, cuyas repercusiones se extendieron a toda España en una especie de «guerra santa» contra los Ejércitos franceses. Europa entera escuchó asombrada la noticia del levantamiento contra los aguerridos soldados de Napoleón, y al principio todo hizo pensar que se trataba de un suicidio colectivo. Pinelli, dibujante italiano, reflejó la jornada en esta obra que se conserva en el Museo Municipal de Madrid.



antes de esta fecha algunos de los que luego serían los grandes jefes guerrilleros se han lanzado ya al monte. Juan Martín «El Empecinado», antes del 2 de mayo de 1808, se dedicaba a interceptar correos franceses entre Bayona y Madrid. El cura Merino se lanza a combatir en los primeros días de enero de 1809. Mariano Renovales era comandante al estallar la guerra, toma parte como oficial del Ejército regular en los dos sitios de Zaragoza y no empieza a organizar su partida en El Roncal hasta la primavera de 1809. Hacía estos días empieza también la actuación de Mina «El Mozo» en la zona de Tudela, y hasta un año después no empezaría a hablarse de Espoz y Mina, el «Napoleón de las guerrillas». Joaquín Ibáñez, barón de Eroles, hecho prisionero en el sitio de Gerona, huye de Francia en 1810 y organiza su guerrilla a últimos de ese año. El coronel Gayán no actúa como guerrillero hasta el verano de 1809, tras la fracasada invasión de Aragón por Blake. Resto de esta expedición de Blake fue también la partida del brigadier Villacampa, que operaba utilizando como cuartel general y base de sus operaciones el monasterio de Tremedal, en Castilla la Vieja. Porlier, «El Marquesito», combatió en Gamonal (10 de noviembre de 1808) antes de operar con su guerrilla en el Norte. Francisco Tomás de Longa, que llegó a ascender de simple guerrillero a teniente general y uno de los nombres más injustamente olvidados en los manuales de historia, empieza también sus actuaciones en 1809. Julián Sánchez «El Charro», fray Lucas, Jáuregui «El Pastor», Miláns del Bosch, Manso y Solá, Franch, Estalella, Romen... son nombres que añadir en la larga lista de los que dedican sus esfuerzos a dirigir partidas hacia las fechas anteriormente mencionadas.

Así, pues, se puede asegurar que el año 1809 es el año decisivo para la formación de las guerrillas y el surgimiento de sus jefes. Normalmente era la figura del jefe la que precedía a la formación de la partida, lo que resulta explicable si consideramos que la guerrilla en España es una forma de lucha netamente personalista y de profundo carácter individual. Una guerrilla vale lo que vale su jefe. El resto le sigue ciegamente, y si el jefe se equivoca, perecerán todos.

Esta concepción de la guerrilla, como manifestación pragmática de un modo de lucha personalista-individual, basado en la figura del jefe, no será superada hasta el surgimiento de la guerra de guerrillas popular-revolucionaria, con predominio del fundamento ideológico. El «personaje-jefe», el



El asalto aislado, el apuñalamiento y el golpe por la espalda eran el modo de expresión de un odio de raíz popular alentado por directrices a veces reaccionarias. En la Casita del Príncipe, El Escorial, se conserva este cuadro de Goya, en el que aparece un grupo de guerrilleros fabricando pólvora en la espesura de un bosque.

héroe, es sustituido en este moderno significado de la concepción guerrillera (Vietnam, Oriente Medio, el «maquis», China...) por el «personaje-cuadro», perfectamente pertrechado militar e ideológicamente. Los guerrilleros no obedecen al «cuadro», sino en cuanto que es el representante designado por un mando representante de una idea-base con la que todos están de acuerdo políticamente. En este tipo de guerrilla, el jefe, aun siendo importante, puede morir o equivocarse, y la guerrilla seguirá funcionando. El jefe puede incluso ser una personalidad mediocre, y los guerrilleros le obedecerán. En la guerrilla española contra Napoleón, el mandato se ejerce por una rigurosísima «selección

natural», donde sólo tienen poder los más aptos para hacer sobrevivir y aumentar la partida. Se produce por primera vez en la historia militar española la «igualdad de oportunidades». Cada jefe guerrillero dispone de los hombres que es capaz de mandar y controlar, y su capacidad de jefatura se considerará en proporción directa al número de combatientes bajo su férula. Cuando los jefes de las guerrillas son ascendidos por las Juntas y reciben grados militares, lo único que se hace es reconocer —casi siempre con tacañería— de derecho la autoridad y la responsabilidad que ejercían de hecho.

Los jefes guerrilleros pueden dividirse en dos grandes grupos: los de procedencia militar (Re-

novales, Porlier, Gayán, Villacampa, Miláns del Bosch...) y los de procedencia civil (Merino, Espoz y Mina, Julián Sánchez, fray Lucas Rafael, Longa, «El Empecinado», Romeu...). La guerra de guerrillas la inician los primeros, ya que, al sucederse las derrotas en campo abierto, decenas de millares de oficiales y soldados quedan dispersos, sin unidades donde encuadrarse ni jefes a quien obedecer. La dispersión provocada por la huida, simple deserción en algunos casos, es el punto de origen de las guerrillas.

«La dispersión, que inicialmente es el reconocimiento de una indiscutible inferioridad, crea los supuestos que van a hacer posible la guerra revolucionaria, al conservar incólume la capacidad combativa a costa del sacrificio del terreno, primera regla del combate descubierta en forma totalmente empírica. La dispersión se completa con el abandono permanente de los estandartes, con la deserción, que va a comprometer radicalmente la fuerza de los Ejércitos regulares españoles... El fenómeno decisivo para el futuro desarrollo estratégico se produce cuando estas decenas de miles de fugitivos, que han perdido el contacto con unidades que, a su vez, se han esfumado al cabo de unos cuantos kilómetros de marcha, mantienen, sin embargo, su decisión de combatir a los franceses por todos los medios a su alcance, cuando los desertores se afirman en beligerantes y se organizan en partidas para proseguir la lucha. Es la derrota y la dispersión las que determinan la aparición de las guerrillas, que van a protagonizar la guerra revolucionaria». (Menéndez Pidal. «Historia de España», tomo XXVII.)

Y Gómez de Arteche, en su «Historia de la Guerra de la Independencia», explicará el origen de las guerrillas con las siguientes palabras: «Comenzaron con las desgracias de nuestros Ejércitos los servicios de los que, influidos del anhelo de la venganza por patriotismo, ultrajes recibidos en sus casas o familias, por espíritu, quizá, faccioso, se creyeron capaces de, solos o en partidas impalpables, resistir con un éxito que, de otro modo, veían inasequible. Un desertor del Ejército que, dotado de gran valentía, se consideraba impotente en fila y había huido en la batalla como un cobarde, se puso a la cabeza de otros fugitivos de su país o de convecinos suyos atropellados por el francés, y salió a campaña con las primeras armas que tuvo a mano, sin otro abrigo, muchas veces, que el del cielo, y aprovechándose del alimento que proporcionaban sus amigos o del merodeo de sus secuaces».

La Capilla Sixtina

LA AVENTURA DEL LENGUAJE

Según estadísticas realizadas por la *Revue de Recherches presques inutiles*, el viaje del «Apolo XIV» a la Luna ha suscitado un interés universal muy diferenciado. En Estados Unidos es considerado como uno de los 1.234 acontecimientos más importantes del mes de febrero de 1971 (hay que tener en cuenta que se realizó el día 1). En cambio, en Francia no ha sido ni siquiera evaluado como suceso digno de la preocupación de un 0,003 por 100 de la población adulta situada entre los cuarenta y dos años y tres meses de edad y cuarenta y dos años y cuatro meses de edad. Precisamente en esa parcela estadística de la población francesa el debilitamiento de la Luna como centro de interés informativo es evidente. En cambio, estos datos contrastan con los obtenidos en España. Así veríamos que un 99 por 100 de las ancianas manchegas consultadas en lunes aseguran que el viaje del «Apolo XIV» es lo más importante que ha ocurrido en el mundo desde el viaje del «Apolo XIII», y que en el orden de los acontecimientos nacionales sólo pueden oponer, en su memoria, la entronización de la Virgen de los Desamparados en los años cuarenta. No son de la misma opinión las ancianas manchegas consultadas en viernes, y sería muy conveniente extraer consecuencias de la oposición de los dos talentos.

Cuadro sobre la mensuración de la importancia informativa del viaje del «Apolo XIV» entre las ancianas manchegas consultadas en lunes o viernes.

	Importante	Regular	Pche
Lunes	99 por 100	1 por 100	0 por 100
Viernes	0 por 100	1 por 100	99 por 100

Ante los resultados de esta estadística, destacados prohombres de la oposición liberal han intentado comunicar al Dalai Lama los profundos errores en que suele incurrir la estadística en España. Según la tesis sostenida por los prohombres, las ancianas manchegas consultadas eran sordas y entendieron una pregunta muy diferente, algo así como: *Digame, buena señora, ¿caso los eventos consuetudinarios que acontecen en la galaxia son un factor referencial suficiente para concluir que estamos en lunes?* Nos hemos puesto al habla con los encuestadores y han confesado que la mayor parte de ancianas eran duras de oído, mas no parecía condición suficiente para la confusión. Sin prisas pero sin pausas hemos investigado las características personales de los encuestadores de la sección española de la *Revue des Recherches presques inutiles*. Muchos de ellos aspiran a convertirse en redactores anónimos de TVE y se han convertido en oyentes complacidos del lenguaje del cuerpo redaccional de TVE. Emocionados por el descubrimiento, les hemos rogado que se prestaran a un examen lingüístico, susceptible de ser publicado en su día en la *Revue des Recherches presques inutiles*. Ante estímulos redaccionales determinados han reaccionado con elocuente sintaxis. Por ejemplo:

AGUA. ESTIMULO: Respuesta: Arpegio sonoro de proclives honduras caídas de azares teñidos de miel alcarreña circunscrita a un proceso renovador incline en los declives de malintencionadas actitudes que conducen al Frente Popular.

LECHUGA. ESTIMULO: Respuesta: Teresiano vegetal albiverde, flor aromatizada por salvias celestiales que arcángeles espadados derramaron providencialmente sobre los hombres y las tierras de España, unos y diversos, unos en lo español y trinos por lo pajarescos.

Es difícil, pero poético, que un conocimiento científico del país pueda ultimarse algún día. En cambio, nuestro nivel literario progresa y la influencia de Juan Benet sobre todos los cuerpos redaccionales del país, por oposición, en oposición o sin oposición, sólo habla bien de la salud literaria de un pueblo que había encontrado en Azorín una real cazurrería expresiva disfrazada de parquedad señera. Como muy bien dice mi amigo Menclao el Areopagita, profesor de Metafísica exiliado de la Grecia de los coroneles, hay pueblos que nacen para escribir la Historia y otros para evitarla.

SIXTO CAMARA

LOS GUERRILLEROS

De entre los jefes de extracción civil, una inmensa mayoría de ellos proceden de estamentos populares y campesinos («El Empechinado», Espoz y Mina, «Chapalangarra», Sánchez...). Muchos de ellos, durante la guerra o inmediatamente después, entrarán en contacto con la masonería y las ideas liberales, lo que les evidenciaría lo absurdo de su lucha en provecho de un sistema feudal dirigido por un Rey inepto y absoluto. Como procedentes de estratos populares, en muchos de ellos late un fondo villano, antiaristocrático y jacobino, que se ve justificado por el «colaboracionismo» de la mayor parte de la nobleza española durante la guerra. Sobre esta tendencia antiaristocrática, Jaime Vicens Vives, en su «Aproximación a la historia de España», escribe: «En la Revolución de mayo de 1808, lo que menos interesa es el fenómeno cantonalista, producto de las circunstancias en que había estallado el movimiento... La sacudida popular había sido tan fuerte, que el reformismo político y social se convirtió en uno de los objetivos principales de la lucha, al lado del evidente deseo de mantener la independencia del país. El pueblo, peor o mejor encuadrado por unos mandos militares dudosos, activo siempre en la guerrilla, dando sus ardientes pechos en la defensa de las plazas fuertes, combatiría por unos ideales concretos y primarios: por su casa, por su Dios y por su Rey; en definitiva, por el país. Pero sería craso error ignorar el fermento de renovación social, incluso la tendencia antiaristocrática, que estimulaba a los garrochistas de Bailén, a los somatenes del Bruch o a los guerrilleros zaragozanos».

A estas alturas, sin embargo, debe darse por descontado que el colaboracionismo, en algunos casos, fue la expresión de un sentimiento progresista y liberal a la «europea» de quienes consideraban a Napoleón como el descendiente directo de los ideales de la Revolución francesa dentro de las normas de la «ley y el orden». Siguiendo las tesis de Miguel Artola, en el prólogo al libro de éste, «Los afrancesados», Gregorio Marañón habla de los españoles colaboradores de José Bonaparte como «los representantes de los buenos, de los excelentes varones que en el siglo XVIII quisieron, honrada y cristianamente, hacer un mundo mejor. Su fórmula, feliz en muchos aspectos, fue el despotismo ilustrado...». Y añade Marañón, cayendo en el viejo tópico de los pueblos «ingobernables» y «diferentes», que «para los pueblos incapaces de usar de la libertad y de la cultura no se ha inventado nada mejor» que este sistema de gobierno despótico-ilustrado.

Las disculpas de los «afrancesados», al acatar la autoridad de José Bonaparte, no son tan dé-

biles que no puedan ser históricamente razonadas. Artola, en el libro citado, destaca dos fundamentales: la abdicación vergonzosa de los Borbones frente al ímpetu dominador de Napoleón, lo que la hacía indigna de seguir gobernando a los españoles, y el nulo significado que para los absolutistas que combatían al Rey José Bonaparte tenía el término «patria», ya que serían ellos mismos los que unos años después abrirían las puertas al Ejército extranjero del duque de Angulema para acabar con los defensores de la Constitución.

Frente a los «liberales-afrancesados» de José Bonaparte están los «liberales-resistentes», que se alían con los absolutistas en una guerra patriótica que significa, sin embargo, cosas radicalmente distintas para un Mina o para un Merino. La Guerra de la Independencia no es un levantamiento motivado por sentimientos comunes, sino una alianza de fuerzas progresistas y reaccionarias que coincidían en un solo objetivo: expulsar al Ejército francés de España. La guerrilla participará de esta dualidad dramática. Para los «liberales-resistentes», la figura del Rey no es necesaria a la nación. Se trata, por tanto, de liberar a España de despotismos, tanto si vienen de Napoleón como del monarca borbónico.

No todos, sin embargo, de los que sirvieron a José Bonaparte podrían ser considerados «liberales-afrancesados». Muchos de ellos eran simples vividores, gente amedrentada u oportunistas apolíticos. Deleito, en su trabajo titulado «La expatriación de los afrancesados españoles», dice de ellos que «no escaseaban los ambiciosos y vividores, bien avenidos siempre con el que manda y puede repartir prebendas».

Así, pues, mientras los absolutistas se declaran en bloque frente a Napoleón, los liberales se reparten en los dos bandos, aunque haya una abrumadora mayoría de «liberales-resistentes». Esto hará que los reaccionarios de todas las épocas hayan tratado de desorientar al pueblo identificando liberal con afrancesado, y, por tanto, con anti-patriota y hasta con anti-español.

La cifra de los que juraron en España fidelidad a José Bonaparte no es tan pequeña como algunos creen. Francisco Amorós, en su «Representación dirigida a Fernando VII», calcula que fueron «más de dos millones de españoles», lo que es un buen número para una población que no llegaba a los doce millones. Y Llorente, en sus «Memorias para la historia de la Revolución Española», afirma que más de doce mil familias buscaron el exilio al producirse el regreso de Fernando VII. ■ F. M.

Próximo capítulo:
«Los tres grandes»